

Dante Alighieri, *Divina Comedia*

Síntesis argumental

Conviene primero resumir la idea de la Tierra y de su posición en el Universo que tenía Dante. [...]

Para Dante, la Tierra, según el sistema de Tolomeo, está inmóvil en el centro del mundo. A su alrededor giran las esferas celestes y con ellas el Sol, los planetas y las estrellas. Los puntos cardinales, a los efectos del poema, son: al norte, Jerusalén sobre el gran abismo del infierno; al sur, en posición diametralmente opuesta, o sea, en las antípodas de Jerusalén, la montaña del purgatorio; al este, el Ganges; al oeste, el estrecho de Gibraltar o columnas de Hércules. El infierno y el purgatorio están, pues, en la Tierra, el uno en forma de abismo hasta el mismo centro, el otro en forma de montaña altísima, en cuya cúspide está el paraíso terrenal.

I – Infierno

El poeta se ha perdido en una selva oscura, de la que no encuentra la salida. De improviso, se le aparece Virgilio, con misión delegada de Beatriz, que ha conseguido del Señor, por intermedio de la Virgen, que le sean mostrados a Dante los reinos eternos. Virgilio, por un camino subterráneo, único por el que se puede salir de la selva de la perdición evitando la muerte, conduce a Dante hasta el vestíbulo del infierno. El infierno es como un embudo monstruoso dispuesto en forma de vasto y asperísimo anfiteatro y dividido en círculos que van estrechándose hasta llegar al mismo centro de la Tierra, donde habita Lucifer. El infierno es, pues, un cono invertido, excavado en la propia Tierra.

Pasada la puerta donde campea el terrible letrero “Dejad aquí toda esperanza los que entráis”, el primer círculo es el limbo. En él no hay tormentos, sino suspiros. No hay más que tinieblas, donde habitan las almas de los que murieron sin bautizar o de los hombres justos que, por haber vivido antes de Jesucristo, no conocieron la verdadera religión. En el segundo círculo están los lujuriosos, ya sufriendo los tormentos condignos; en el tercero, los que se dejaron arrastrar por la gula; en el cuarto, los avaros y los pródigos; en el quinto, los iracundos.

Hasta este momento se ha pasado en forma somera por el relato, destinando un canto a cada círculo, más los preliminares que describen los episodios de la selva oscura o del vestíbulo. Pero ya se va entrando en lo profundo del infierno y en pecadores de categoría especial. El círculo sexto lo ocupan los heresiarcas, y a ellos se destinan los cantos IX, X y XI. En el séptimo círculo están los culpables de violencia, subdivididos en apartados especiales: los que han cometido violencia contra el prójimo, contra sí mismos y contra Dios (cantos XII a XVII). Finalmente, los círculos octavo y noveno lo ocupan los fraudulentos y traidores, clasificados, los primeros, en diez grupos, y los segundos, en cuatro. A partir del séptimo círculo inclusive, se han pasado ya los muros de la ciudad de Dite, residencia personal de Satanás.

El referido círculo octavo, de fraudulentos, comprende separadamente a los seductores, los aduladores, los simoníacos, los adivinos, los barateros, los hipócritas, los ladrones, los malos consejeros, los sembradores de escándalos y los falsificadores. La riqueza de invención de los tormentos es extraordinaria y revela a veces la terrible indignación del poeta contra algunos vicios que corrompen la buena política de los príncipes. Así, por ejemplo, los aduladores están hundidos hasta el cuello en una laguna de excrementos. El noveno círculo, el de los traidores, comprende por separado a los traidores a la familia, a los traidores a la patria y a los traidores a sus huéspedes y a los que han traicionado a quienes les hicieron en bien. El máximo de éstos, Judas, está entre los dientes de Lucifer en lo más hondo. La descripción del octavo círculo ocupa los cantos XVIII a XXX, y la del

noveno, del XXXI al XXXIV. [...] esta parte de la *Divina Comedia* tiene un canto más que cada una de las otras dos.

II – Purgatorio

Desde el centro de la Tierra, Dante sale, guiado por Virgilio, al hemisferio opuesto a aquél por donde entró y ve las estrellas desde la isla donde se alza la montaña del purgatorio. Ésta es un cono truncado en posición normal, escalonado por una serie de circuitos o cornisas que rodean todo el monte, y que tienen cada vez, cuanto más altas, una circunferencia más breve. De un lado tienen la muralla que sirve de base a la cornisa superior, y de otro, el abismo que termina en la inferior. La meseta que corona el cono truncado es la que ocupa el paraíso terrenal.

En la isla, guardada por Catón de Utica, se desarrollan los cantos I y II. El antepurgatorio, espacio anterior a la puerta de acceso, está ocupado por las almas de los que se arrepintieron en el último minuto de la vida y han de aguardar tantos años como vivieron a que les sea permitida la entrada en la vía de la purificación. Aquí se desarrollan los cantos III al IX, mientras Dante prosigue su ascensión, de momento muy áspera, guiado por Virgilio. Pasada la puerta, se van sucediendo las cornisas o circuitos, que son siete, como los pecados capitales, y en cada una de esas gradas del purgatorio se paga la retribución por uno de ellos: primero, la soberbia (cantos X a XII); segundo, la envidia (cantos XIII y XIV); tercero, la ira (cantos XV y XVI); cuarto, la pereza (cantos XVII y XVIII); quinto, la avaricia (cantos XIX al XXI); sexto, la gula (cantos XXII al XXV), y séptimo, la lujuria (cantos XXVI y XXVII).

Está terminando la función encomendada a Virgilio, al que está vedado entrar en el cielo. En la etapa intermedia del paraíso terrenal (cantos XXVIII a XXXIII), Virgilio desaparece del lado de Dante y, por fin, ante los ojos atónitos del poeta está la imagen de Beatriz, la Teología, única guía posible para caminar por el cielo.

III – Paraíso

Del paraíso terrenal, Dante asciende al paraíso verdadero, atravesando, con la guía de Beatriz, los nueve cielos, esferas concéntricas luminosas y transparentes, sobre las cuales está el cielo empíreo, fijo, sede del mismo Dios, y, en torno de él, las jerarquías celestiales y la rosa de los bienaventurados, iluminada directamente por el propio Señor de la creación. Los cielos móviles giran en torno el uno del otro, y forman en conjunto la esfera celeste, que gira a su vez en torno de la terrestre. Cada uno de los cielos se mueve con tanta mayor velocidad cuanto más lejos está de la Tierra. Todos los bienaventurados están en el cielo empíreo, pero se presentan ocasionalmente al poeta, guiado por Beatriz, mientras sube por los cielos móviles para darle idea del ascenso a la plena beatitud.

Los nueve cielos son: el cielo de la Luna (cantos I al IV), el cielo de Mercurio (cantos V al VII), el cielo de Venus (cantos VIII al IX), el cielo del Sol (cantos X al XIII), el cielo de Marte (cantos XIV al XVII), el cielo de Júpiter (cantos XVIII al XX), el cielo de Saturno (cantos XXI y XXII), el cielo de las estrellas fijas (cantos XXIII al XXVI) y el primer móvil o cristalino (cantos XXVII al XXIX). En el cielo empíreo está Dios iluminando la rosa de los bienaventurados y rodeado de nueve círculos de jerarquías angélicas, y que son desde el círculo más alejado al más próximo a Dios: ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines (cantos XXX al XXXIII).

El poema concluye con la palabra “estrellas”, que es la misma con que concluye el *Purgatorio* y el *Infierno*. Una minuciosa simetría exterior se corresponde con la ordenada arquitectura interna que hemos esbozado.